

RETRATO DE PAZ NOVOA de J. M. SALGADO RODRÍGUEZ

La segunda mitad del siglo XIX es la época más destacada de la retratística gallega. La industrialización en lo económico y el liberalismo en lo político provocan el ascenso de una clase media burguesa que demanda este tipo de obras. Por primera vez encontramos retratos de todas las clases sociales: aristócratas, burgueses, militares, profesionales liberales, etc., y gracias a Juan José Cancela del Río –en su doble faceta de pintor y profesor– el retrato adquiere protagonismo en nuestra pintura, lastrada desde sus inicios por la falta de escuelas de dibujo y por la carencia de demanda.

La información que tenemos sobre el pintor de este retrato, José Salgado Rodríguez, es escasa y procede principalmente de Couselo Bouzas y de algunas referencias de la prensa del siglo XIX. Sabemos que nació en Santiago de Compostela –en la parroquia de Santa María del Camino el 23 de marzo de 1836, hijo de Francisco y de Juana– y que no habría fallecido con anterioridad a 1889 ya que en ese año están datadas dos obras suyas. La escasez de recursos económicos de la familia impidió su marcha a Madrid para continuar y completar su formación artística, que se desarrolló en Galicia como alumno de Cancela del Río en la Escuela de Pintura de la Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago. José Manuel López Vázquez lo encuadra en lo que él llama la generación de románticos de 1830, de la que también formarían parte Francisco Sobrino Iglesias, Vicente Valderrama Mariño y José Garabal Louzao, a los que considera plenamente románticos.

En aquel siglo la temática religiosa era todavía inevitable así que Salgado pintó cuadros como *La Ascensión*, *La Dolorosa*, *El sueño de San José*, etc.; en la revista *Galicia* (1863) se menciona su participación en la exposición anual de la escuela de dibujo de la Sociedad Económica –como alumno de la escuela de adultos– con dos lienzos de tema religioso: *El Buen Pastor* y *La Santísima Trinidad*, de los que se resaltan “las felices disposiciones del Sr. Salgado y cuanto los buenos modelos influyen en la educación y perfección artística”.

En lo que al retrato respecta, para él posaron personalidades de la vida gallega del siglo XIX como Casto Méndez Núñez y familias de la burguesía

compostelana como los Mosquera, los Cimadevila y los Mouriño, y en todos ellos, como señalaba Chamoso Lamas, *corroboramos avisada observación y un correcto quehacer*.

El retrato de Juan Manuel Paz Novoa –con certeza encargo personal– fue pintado en 1868 en Santiago de Compostela ya que así firma y data el lienzo el autor. Es un retrato de busto, de pequeñas dimensiones y formato ovalado, algo habitual en el arquetipo de retrato burgués gallego del romanticismo y Paz es retratado a la edad de veintinueve años, en posición ligeramente terciada –casi frontal– ante un fondo neutro; sobre el pecho lleva la medalla de catedrático. Es una obra muy académica, formal, en la que la fidelidad al retratado es lo esencial de manera que la pose, la vestimenta y las tonalidades usadas son consecuentes con el objetivo de dignificar al personaje y otorgarle la distinción social que le corresponde. El rostro centra nuestra atención ya que es enfocado desde el ángulo superior izquierdo y queda en medio de la penumbra circundante; Salgado refleja con calidad sus rasgos fisionómicos: rostro alargado, frente alta y pómulos ligeramente caídos; pelo con raya al medio, bigote amplio, pupilas con un toque de pincelada blanca y mirada de cierta seriedad melancólica. El gesto de Novoa es serio, adusto, y su postura corporal un tanto envarada y de cierta sobriedad protocolaria. El color es secundario y sólo destacaríamos algunas pinceladas de carmín, el brillo plateado de la medalla y el blanco de la camisa, que ponen el contrapunto al negro de la toga. La pincelada es corta, poco matérica y apenas deja trazas sobre el lienzo. El resultado final no está muy lejos de los retratos destinados las galerías de personajes ilustres.

Obviamente Salgado Rodríguez es un artista inferior a su profesor Cancela del Río y mucho menos alcanza la maestría de los retratos de Dionisio Fierros Álvarez, que en aquellos años estaba trabajando en Santiago de Compostela; aún así, podemos asegurar que es un buen conocedor de su oficio ya que el dibujo es correcto, la técnica es buena, la composición es siempre adecuada y no comete errores de bulto en el tratamiento de las figuras.

De cualquier manera, gran parte del interés de esta obra procede del retratado, Juan Manuel Paz Novoa (Ourense, 1839–1895), uno de los ourensanos más ilustres de la segunda mitad del XIX. De su formación académica destacaremos

la licenciatura en Derecho por la Universidad de Santiago (1861) y el grado de doctor en Derecho por la Universidad Central de Madrid (1862). La mayor parte de su vida transcurrió en Ourense donde mantuvo estrechas relaciones con el grupo de intelectuales de aquel período y fue amigo, entre otros, de Curros Enríquez, Valentín Lamas Carvajal y Marcelo Macías; pero también sabemos de su gran amistad con Manuel Murguía con el que mantuvo una intensa relación epistolar, y de hecho fue Paz quién lo enlazó con Emilio Castelar que llegaría a prologar *Follas Novas* (1880) de Rosalía de Castro.

La docencia fue su principal ocupación profesional, en 1863 obtiene la cátedra de instituto y desde 1865 hasta 1887 ejercerá como Catedrático de Economía Política y Legislación Mercantil en el Instituto de Ourense, y posteriormente en A Coruña.

Sin embargo, sus trabajos e intereses no se limitaron a la enseñanza sino que ejerció como abogado en su ciudad y en este ámbito, además de su posición y escritos a favor de la redención de los foros, hay que destacar la defensa de Curros Enríquez en uno de los juicios más famosos de la Galicia del siglo XIX, proceso motivado por la publicación del libro *Aires da miña terra* –a mediados de 1880–, denunciado especialmente por los poemas *A Igrexa fría* y *Mirando ó chau*, sobre todo este último ya que presuntamente despreciaba y se mofaba del dogma de la existencia de Dios y se burlaba del Papa. En realidad, había una clara predisposición en contra de Curros por su amor a la libertad y su anticlericalismo –ambos evidentes en sus artículos de *El Trabajo*, periódico del que era director–, por lo que el libro no fue más que la excusa perfecta para castigar al poeta. Paz Novoa se encargó de la defensa en primera instancia en Ourense en 1880 pero no evitó que el juez Manuel Mella Montenegro condenase a Curros por un delito contra la libertad de cultos; el proceso judicial fue elevado en apelación a la Audiencia Territorial de A Coruña, donde Luciano Puga y Blanco consiguió finalmente su absolución en sentencia del 11 de marzo de 1881.

Además, la actividad política de Novoa fue notable y en su juventud participó en el célebre banquete de Conxo –el 2 de marzo de 1856–, acto de confraternización demócrata entre obreros y estudiantes que fue clave en su concienciación política, pero su principal intervención tuvo lugar durante el

sexenio revolucionario, militando en el republicanismo federal. Con la proclamación de la I República (1873) Paz Novoa se convierte en diputado por el distrito de Trives y cuando Castelar alcanza la presidencia –en septiembre– habría propuesto a Juan Manuel Paz como Ministro de Fomento, aunque cuestiones partidistas le privaron del cargo. Con la restauración monárquica se convirtió en el jefe del Partido Republicano Histórico de Castelar en Galicia pero abandonó definitivamente la política cuando éste se integró en el Partido Liberal en 1893.

No podemos dejar de mencionar otras actividades de Novoa, como su ingente trabajo en prensa, fundó y dirigió el diario ourensano *El Correo de Galicia*, *Periódico Democrático* (ca. 1872–1874) y colaboró de diferente manera –redactor, articulista, etc.– en periódicos como *El eco del liceo*, *Nueva Galicia*, *El Heraldito Gallego*, *El Derecho*, *La Tertulia* o *El Trabajo*. Por último, también se dedicó a la literatura y, aunque en este caso su labor es menor, participó en los juegos florales de 1861 –premiado por el poema *Macías el Enamorado*– y escribió el relato *Maruxa e Mingos. Conto Popular*, publicado en 1887, con dedicatoria *Á señora Rosalía Castro de Murguía*.

Para finalizar, podemos reconstruir la trayectoria de este lienzo gracias a la información del donante. Tras el fallecimiento de Paz Novoa el retrato quedó en manos de su esposa, Concepción Ávila Arines y, dado que no tuvieron descendencia, los bienes del matrimonio, incluido el domicilio familiar, fueron heredados por Ramona Ávila García –prima de Concepción y soltera–. La familia de Anselmo López Morais –padre del donante– tenía parentesco con Concepción Ávila –por la línea de los Arines– y él mantenía una estrecha amistad con Ramona, relación que le llevó a figurar como heredero en su testamento aunque en los últimos días de la vida de aquella, fallecida en 1956, lo cambió a favor del obispado de Ourense, gracias a lo cual este heredó la casa de Paz Novoa en un amplio solar en el que luego se levantaron las Galerías Proyfler. En todo caso, Anselmo López Morais recibió este lienzo que nos ocupa y algunos objetos más de Paz Novoa, que fueron donados finalmente al museo por su hijo, Anselmo López Carreira, en el año 2014.